Ingreso en Marabotto

EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 13854

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—**Extranjero:** Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: **Mayor, 24**

MIERCOLES 23 DE MAYO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Grammartín, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La Ascensión del Señor

La fiesta de mañana nos recuerda la separación del Hijo de Dios, para tomar posesión del reino conquistado con su sangre para colocar á la humanidad sobre el trono de la gloria inmortal.

Era un jueves á medio día, cuarenta días después de la resurrección; el Salvador volviendo por última vez sus divinos ojos á su madre y á sus discípulos, extendió la mano, los bendijo y se elevó en medio de ellos.

En este día la Iglesia celebra con enajenamiento el triunfo del Salvador del mundo.

El oficio de la Ascensión respira la más viva alegría y va acompañado de una procesión particular destinada á representar el tránsito de los apóstoles de Jerusalén á Bethania y de allí al monte Olivete para presenciar la subida de Nuestro Señor al cielo.

El día de la Ascensión debemos representarnos todas las circunstancias de aquel viaje.

Jesucristo sube á los Cielos para enviarnos el Espíritu Santo, aquel Espíritu que debía regenerar el mundo del mismo modo que fecundó el caos el día de la creación. «Si yo no me fuere, dice Jesucristo, no vendrá sobre vosotros el Espíritu».

Jesucristo sube al cielo para abrirnos sus puertas; nuevo Adán abre al género humano las puertas del cielo, cerradas por el pecado del primer hombre.

Sigamos al águila sublime que se remonta hoy á los Cielos. Mas acordémonos, dice San Agustín, de que el orgullo no sube al cielo con el Dios de la humildad, ni la avaricia con el Dios de la pobreza, ni la malicia con el Dios de los dolores, ni la impureza con el Hijo de Dios.

La naturaleza toma parte en esta grande festividad.

Millares de pájaros salen de sus nidos y emprenden su primer vuelo; las plantas levantan sus tiernos tallos á lo alto.

¡Arriba, arriba los corazones! nos grita toda la naturaleza.

San Agustín descubre una armonía entre la fiesta de este día y la estación en que se celebra.

El Redentor viene al mundo cuando los días son más cortos y empiezan á alargarse, para significar que encuentra al mundo en medio de las tinieblas.

Estas admirables relaciones, cuya realidad advierte todo entendimiento reflexivo, se prueban además por la analogía de las Leyes divinas. En efecto, supuesto que el autor de la gracia es también criador de la naturaleza, convenía que pusiera en armonía esas dos grandes obras, para que los cambios que sobrevienen en la naturaleza, y el mismo espectáculo del Universo, lejos de distraer nuestro entendimiento, lo fijarán en las verdades de la Religión.

La naturaleza, la historia universal del género humano y la economía de la Iglesia, son tres libros maravillosos entre los cuales existe una magnífica armonía; libros sencillos y sublimes á la par que se corroboran nuestra mente, y en los cuales Dios ha escrito con caracteres de fuego todo lo necesario para apartar nuestros pensamientos y afectos de este mundo y elevarlos al cielo con Jesucristo.

La fiesta de la Ascensión es de origen apostólico, y en los primeros tiempos de la Iglesia se celebraba ya.

Esta fiesta es el complemento de todas las solemnidades del Señor y el feliz término de su peregrinación por la tierra.

X.

CRÓNICA

La miseria y la mendicidad

Alcanza cada día mayores proporciones y cada vez son mayores los estragos que la miseria está causando en esta ciudad. Ciego de idiotez ó de criminal indiferencia quien tal no vea.

Falta trabajo—en el Arsenal, en la sierra, en la vía pública, y en los centros de producción—y como consecuencia inevitable falta el pan á centenares, á miles de obreros. Y estos míseros ¿qué harán cuando lleguen á carecer de las necesarias fuerzas para soportar los terribles sufrimientos que el hambre y el desamparo ocasionan? Surgirá la protesta y surgirá la rebeldía. ¡Es tan intransigente y tan revolucionaria el hambre!

Para estos conflictos sociales existen varios remedios, pero, excepto uno de ellos, los considero todos inaceptables.

María Antonieta proponía á los que en su época carecían de pan—¡oh, pobre reina inconsciente!—que comieran trufas. La Iglesia aconseja resignación, que es gran virtud para lograr la eterna gloria, y nuestros gobernantes han usado un remedio radical: acallando á tiros las protestas de los hambrientos.

Los particulares dotados de buenas intenciones ó de buenos caudales creen solucionar el problema fundando hospitales, asilos y otros benéficos establecimientos, que constituyen algo así como aquella institución nacional, con tan hondo arraigo en nuestras tradiciones y costumbres, como la de la sopa boba, la más notoria participación que en la vida colectiva de la sociedad española tuvieron los conventos en los siglos XVIII y XIX.

El único remedio para conjurar la crisis por que hoy atraviesa Cartagena y que me inspira fe ciega, sería llevar á la práctica todas esas reformas proyectadas: Ensanche, alcantarillado, abastecimiento de aguas, mercado, matadero, etc., etc.; reformas que son una garantía de bienestar mayor y de grandes prosperidades para todas las clases sociales.

Mejorando la ciudad, aumentaría su población fija y la trashumante, establecerían nuevas industrias, florecería el comercio... En una palabra: habría trabajo, y por consiguiente, pan. ¿Qué más piden los pobres obreros?

El milagro pudiera hacerlo un hombre de poderosa y firmísima voluntad, pues no hay que esperar á que lo haga el diablo, ó lo que es lo mismo, acometer las reformas esas sólo por miedo á colisiones callejeras con el hambre, sin previo estudio y razonada orientación, porque eso constituiría una mal entendida finalidad de beneficencia momentánea, y en jornales desparramados al azar de las necesidades de un día se derrocharían millones y más millones.

Y nada, á la postre, se consigue con acallar hambres y disimular miserias.

***

Nuestras autoridades deben también estudiar el modo de desterrar de una vez y para siempre, de Cartagena, el repugnante espectáculo de la mendicidad.

Los que alargan la mano implorando con fingida plañidera voz una limosna, no son verdaderos necesitados, sino vagos de profesión, especuladores con andrajos y gente maleante. El pobre que lo es realmente, no exhibe sus miserias á no ser en tumultuosa manifestación; no suplica una limosna, sino pide trabajo; no llora, sino ruje...

Y en las puertas de los templos y en todas las calles y paseos públicos, una nube de mendigos asaltan al transeunte en solicitud del consabido «centimito para ayuda de un pan.»

Digo y repito que el espectáculo es vergonzoso, y hay forzosamente, ineludiblemente necesidad de desterrarlo. Y á las autoridades deben prestarle su ayuda en esa obra de urbanización moral, todos los vecinos, aboliendo la limosna callejera, y empleando otros medios más eficaces para socorrer á los desvalidos.

José Mª Marabotto.

LETRAS EXTRANJERAS

El poeta Mauricio Rollinat

Ha muerto hace dos años aproximadamente, pero sus obras no sólo viven «la vida de la inmortalidad» sino que están ejerciendo una grande y avasalladora influencia en la «manera de hacer» de todos los poetas jóvenes de Francia y España.

En Mauricio Rollinat, según acertado juicio de uno de sus comentadores, hay dos poetas. Uno, es el poeta de las visiones macabras y truculentas; otro el observador de los campos, de los labriegos y de los insectos.

Sus libros principales se titulan *Les Névroses, Brandes, Abime, Nature, Apparitions* y *Paysages et Paysans.*

De tan notable poeta, ofrecemos hoy á los lectores de EL ECO DE CARTAGENA, la traducción de una de sus más extrañas y vibradoras poesías, reflejo palpitante de su espíritu atormentado. Se titula:

LOS LAMENTOS

Llegando de los cuatro puntos del horizonte hosco, de la cima de los montes y del fondo de los torbellinos, los aquilones enfurecidos son locos invisibles que azotan sin látigo y que aullan sin boca.

Los arroyos no tienen jamás sino ruidos susurrantes en el fondo de su cauce exiguo, que serpentea y vaga, y sólo se oye surgir un murmullo impreciso de los estanques recogidos bajo los sauces lloradores.

Pero el mar, que gime como un alma que sufre, contorsiona bajo los cielos mudos sus sollozos eternos, donde vienen á mezclarse, en la espuma de las olas, las agonías de los ahogados.

Cuando se exhalan, luego que pasó la tormenta, los hálitos de la noche, más ligeros que pompas de jabón, la queja en *la* menor de los sapos noctámbulos, hace gemir el surco, la cuneta y el foso.

El árbol, Jeremías de cien brazos, sobre el cual jadea el viento, tiene todos los sollozos en sus susurros, y el eco de los bosques dice y dice el rechinar del lobo, trotador espantoso que el hambre convierte en esqueleto.

Cuando paso al atardecer por un valle apartado, me estremezco al eco ronco y estrindente del oxífrago, porque para mí esta queja errante que me espanta es el gemido de la fatalidad.

. . . . . .

. . . . . .

El suspiro clandestino de las vírgenes de belleza parece dar gracias al amor que las roza; pero la queja enamorada, es una añoranza, que llora el placer ya muerto antes de haber sido.

. . . . . .

. . . . . .

Las quejas tienen ecos que vibran como campanadas de entierro, y hundiéndose con horrible premura en mi fúnebre corazón, lleno de sombra y

La química ha demostrado que la respiración constituye en el hombre una verdadera combustión, cuya mayor ó menor intensidad depende de la afluencia ó de las rareza de los principios flogísticos acumulados por el organismo peculiar de cada individuo: en vos abunda la flogística. Vos estais, si me es lícito explicarme de esta manera, sobre-oxigenado por la complexión ardiente de todos los hombres destinados á las grandes pasiones. Respirando el aire vivo y puro que acelera la vida de los hombres de débil fibra, contribuís más á una combustión ya sobrado rapida, de modo que una de las condiciones de vuestra existencia, es la atmósfera densa de los establos y de los valles; el aire vital del hombre á quien devora el genio, está en los crasos alimentos de Alemania, en Baden Baden y en Toeplitz.

Si no teneis horror á la Inglaterra, su atmósfera nebulosa calmará vuestra incandescencia, pero nuestras aguas situadas á mil pies sobre el nivel del Mediterráneo, os son funestas. Tal es mi dictamen—añadió con ademán modesto—le doy contra nuestros intereses, porque si le arguís tendremos la desgracia de perderos.

A no ser por estas últimas palabras, acaso le hubiera seducido á Rafael la aparente honradez del mañoso médico; mas era demasiado profundo observador para no adi-

Rafael experimentó un movimiento de alegría al oir las amistosas palabras que le fueron dirigidas. Le pareció la fisonomía del doctor impregnada de bondad y de dulzura. Los rizos de su rubia peluca respiraban filantropía. El corte de su levita, los pliegues de su pantalón, sus zapatos anchos como los de un «cuákero», todo, hasta el polvo esparcido circunarmente por su coleta en su espalda, ligeramente encorvada, revelaba un carácter apostólico, manifestaba caridad cristiana, y la complacencia de un hombre que en fuerza de solicitud por sus enfermos, se había ceñido á jugar á la brisca y al chaquete.

—Señor marqués,—dijo después de haber hablado largamente con Rafael—voy sin duda á disipar vuestra tristeza. Ahora conozco lo suficiente vuestra constitución para afirmaros que los médicos de París cuya sabiduría respeto, se han engañado completamente acerca de la índole de vuestra enfermedad. Salvo algún accidente imprevisto puede el señor marqués gozar tan larga vida como Matusalen. Vuestros pulmones están tan robustos como los fuelles de una fragua, y vuestro estómago daría envidia al de un avestruz; mas si residís en una temperatura elevada, arriesgais bonita y prontamente el dar con vuestros huesos en el cementerio. El señor marqués vá á comprendermo en dos palabras.

jamás entre ellos y el lujo: el vicio es un lujo también. Por magestuosa que sea una desgracia, esta sociedad sabe disminuirla, ridiculizarla por medio de un epigrama. Dibuja caricaturas para arrojar á las cabezas de los reyes destronados la afrentas que creyó poco antes recibir, y semejante á los jóvenes romanos del Circo nunca se aplauda del gladiador que cae: vive solo del oro y de la burla. «¡Muerte á los débiles!» es el voto de esta especie de orden ecuestre instituida en todas las naciones de la tierra, porque en todas hay ricos, y esta sentencia se halla escrita en el fondo de los corazones nacidos en la opulencia.

Reunid niños en un colegio: esa imagen en miniatura, pero imagen tanto más verdadera en tanto que es más sencilla y franca, os ofrece pobres ilotas, criaturas de dolor y de sufrimiento, á veces atormentadas entre el menosprecio y la compasión. El Evangelio les promete el cielo.

Descended más en la escala de los seres organizados: si algún novato se halla colocado entre los de un corral, los demás le persiguen á picotazos, le desplumen, le asesinan.

Fiel á este precepto de egoismo, prodiga el mundo su menosprecio y sus rigores á las miserias harto atrevidas